

Don Juan Carlos de Gortazar



En su casa de Laguardia (Alava) y a los 62 años de edad, falleció a fines de Noviembre último, este culto e inteligente colaborador de nuestra REVISTA, que bajo el seudónimo de I. de Zubialde, ocultó en su modestia una labor intensísima de actividad y crítica artísticas.

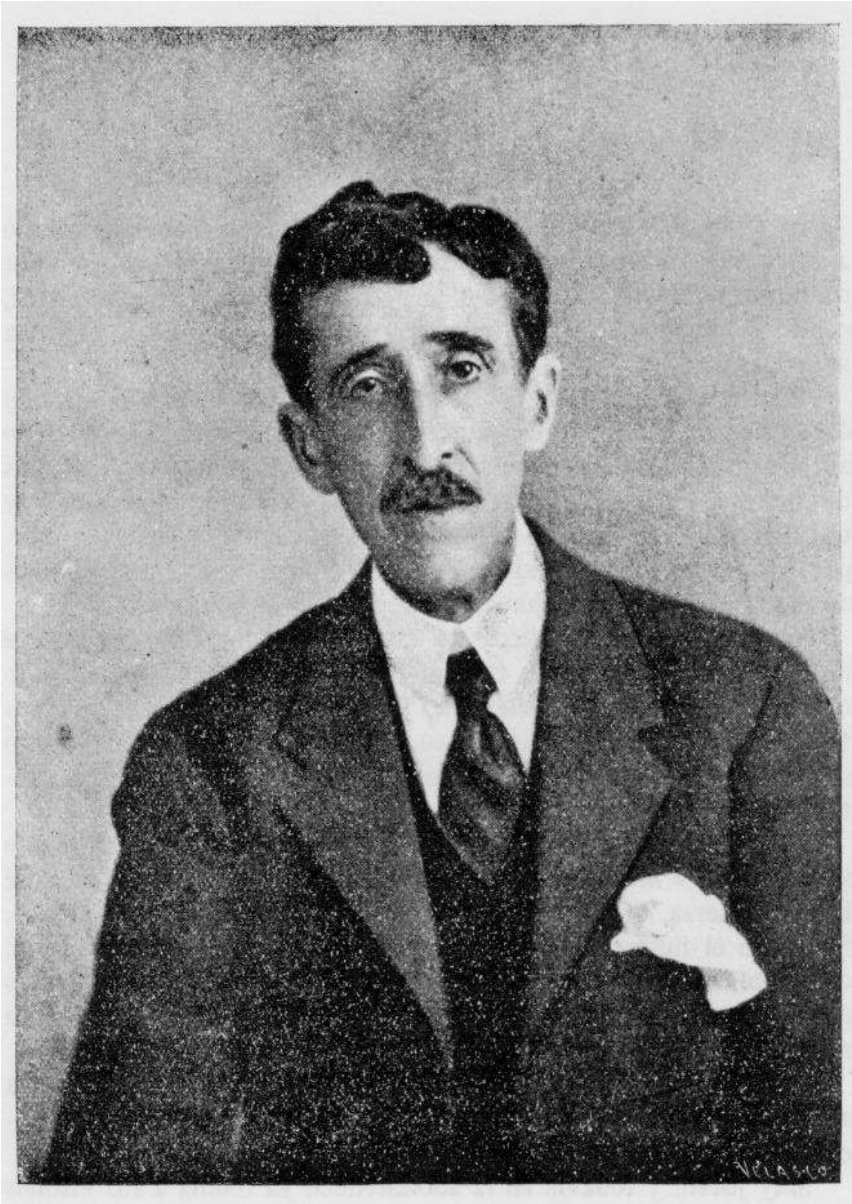
Representando en la Sociedad de Estudios Vascos la sección de música y danzas, parece que sólo de este aspecto suyo y como autoridad musical, clasificada indiscutiblemente entre las primeras de España, habíamos de ocuparnos; pero son tan interesantes y tan dignas de ser conocidas la persona y la labor de nuestro compañero, que es deber nuestro el dedicarle unas líneas para ponerlas de manifiesto y para mejor apreciar y sentir su pérdida.

Los rasgos característicos de este insigne bilbaíno, procedente de ilustre familia vizcaína, fueron: los de una bondad fuera de lo común, una inteligencia elevada, y una actividad creadora constante; todo ello dentro del marco de una personalidad en que no se sabía qué admirar más entre su caballerosidad, su sincera modestia y su amabilidad constante de trato.

Nació en Bilbao en 1864, y fueron sus primeros profesores de solfeo, piano y música en general, D. Antolín Sáenz y el Sr. D. José Luis Muguerza, organista entonces de la parroquia de San Nicolás. Su padre el ilustre D. Manuel M.^a de Gortazar, exdiputado foral, que había sido discípulo de D. Nicolás de Ledesma, le conculcó pronto su afición a la música junto a su admiración por este gran maestro, que con respeto conservó después toda su vida.

Era Gortázar un espíritu fino y activo, y desde sus primeros años fué el centro director de toda su generación de amigos y aficionados a la música, de Bilbao.

Muy joven, y todavía en la adolescencia, ya reunía a sus íntimos alrededor de un atril cuádruple coronado por un quinqué y su famosa pantalla con siluetas de Losada, en su gabinete de la calle del Correo,



donde se tocaban sonatas, tríos y cuartetos de música clásica. A veces tocaba el violín o la viola, pero dominaba más el piano.

Formó parte después y, durante más de 25 años, del cuarteto de aficionados que a diario se reunía en la casa del que lo era distinguidísimo, el Dr. D. Aniceto de Achúcarro; y en las reuniones musicales de la familia del compositor Arriaga y de D. Enrique de Diego, era elemento obligado.

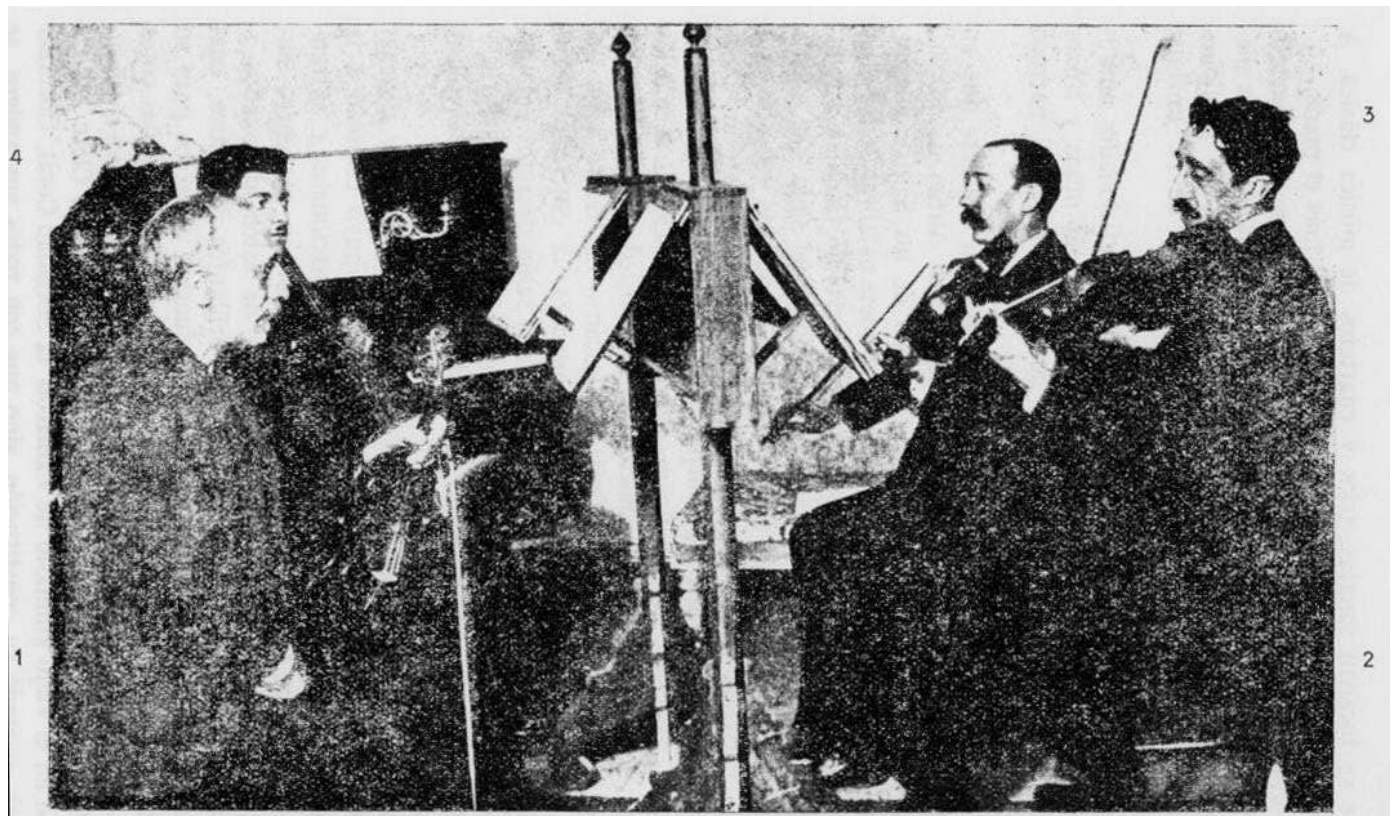
Su actividad llegó a organizar una capilla de aficionados ambulantes que en las fiestas de los pueblos solía cantar misas y trozos religiosos sin más retribución que la comida en casa del párroco o alcalde.

Fué también el continuador del ya tradicional cuarteto que en los días de Semana Santa, en la iglesia de San Antón de Bilbao, y después en el «sermón de las tres horas» de los Santos Juanes, ejecutaba desde tiempos muy anteriores las «siete palabras de Haydn».

Pocos años después de la guerra carlista, volvió también a renacer la antigua sociedad que desde el principio del siglo XIX existía en Bilbao, con el título de «El Salón», para conciertos y fiestas musicales. Gortázar fué uno de los principales propulsores de ese renacimiento, y con su buen gusto depurado, supo ayudar al ya maestro D. Lope Alaña en su empeño de conservar la afición a la música clásica. Por ello, y como evolución de esta Sociedad «El Salón», se formó la «de cuartetos», en la sala de descanso del teatro viejo del Arenal, y más adelante, y como continuadora, la «Sociedad Filarmonica», que tuvo primero su domicilio en el salón de actos del Instituto Vizcaíno, y a fines del siglo pasado, se hizo propietaria y edificó su espléndido domicilio actual, hasta darle toda la vida y esplendor que hoy tiene.

No paró aquí la actividad de Gortázar por despertar y sostener la afición a la música elevada, sino que contribuyó también a la organización de fiestas y venida de entidades nacionales y extranjeras que, como la orquesta Colonne, ampliaron ya al género sinfónico el campo de actividades musicales, de estos aficionados.

Otra de las entidades musicales hoy brillantes de Bilbao, cual es su Orfeón, debe también a Gortázar esfuerzos decisivos para su creación. Ya él y sus amigos, de jóvenes, formaban pequeños coros que, por las noches, en primavera y verano, se ensayaban en el entonces frondoso paseo del Arenal, y cuando el maestro Cleto Zabala formó en el viejo gimnasio de Zamacois la Sociedad Coral, Gortázar no sólo secundó su constitución, sino que con todos sus amigos, se



1 D. Lope de Alaña.—2 D. Juan Carlos de Gortazar.—3 D. Eduardo Torres Vildósola.—4 D. Luis Pueyo

afilió en la lista de los cantores, inaugurando las audiciones públicas de esa masa coral ante la estatua del P. Astarloa en Durango.

Al mismo tiempo que iba creando todas estas entidades, cuyo espléndido desarrollo, vida y solidez hoy pueden apreciarse, y considerando que la enseñanza musical es necesario encauzarla, dirigirla y fomentarla con buen cuidado, estudió y consiguió fundar la Academia musical, primero en la misma Sociedad Filarmónica, y que, amparada y patrocinada por las Corporaciones locales, pasó más adelante a ser el Conservatorio actual, con su anejo de la orquesta sinfónica.

Con la bondad y actividad naturales de Gortázar, y el cariño y el amor extraordinarios que él sentía por la juventud en general, se solidarizó y convivió de tal manera con este centro de enseñanza musical, que puede decirse fueron su mayor distracción, preocupación y anhelo durante los quince últimos años de vida.

Procuró siempre descubrir en los jóvenes, aptitudes musicales para estimularlas, y cuando las encontraba, se veía más feliz que con el hallazgo más valioso. Fruto de esta observación y empeño es el hoy compositor Jesús Guridi.

Cuando Gortázar conoció a éste, niño entonces, biznieto de D. Nicolás Ledesma y que ya trataba de componer al piano ligeros minuets y piecitas musicales de buen gusto e interés, tuvo una de las mayores alegrías de su vida. Fundando en el grandes esperanzas, lo atrajo, lo presentó, lo hizo valer en unión de sus amigos Alaña, Arisqueta y Sáinz Basabe, le colocó en camino de estudiar debidamente; más tarde hizo que el buen aficionado señor Conde de Zubiría editara sus primeras obras y que entre él y varias. personas y entidades encauzaran y ayudaran no sólo a su completa educación artística, sino a procurarle después plazas y puestos musicales en la Villa, que le dieran la independencia económica necesaria para dedicarse de lleno a su Arte, en forma la más elevada posible. Así pues, Guridi pudo considerarse un hijo espiritual y artístico de Gortázar, y, de haber seguido siempre sus consejos, seguramente llegará a un puesto bien preeminente en el Arte.

Por fatal y expresiva coincidencia, la noche misma de su estreno de «El Caserío» en Madrid, recibía Guridi un telegrama dándole cuenta del fallecimiento de su gran protector. Es de esperar que aquel recuerdo le preste aún energías para seguir adelante en su carrera artística.

Este tan señalado empeño y admiración de Gortázar por el

Arte, con la mas noble de las finalidades, le granjearon el justo respeto y el cariño. de todo Bilbao, donde desde luego su autoridad musical y artística eran indiscutibles, y así formó parte de la Junta de Cultura Vasca, de las Juntas de los Museos Artístico y Etnográfico, siendo Presidente de ambas; de la de Empresas Artísticas, y finalmente de la de Estudios Vascos, y de cuantas Juntas y empresas de estas actividades hubo en su tiempo en la villa y en el país vasco; y no queriendo sino rara vez aparecer en primer término, por su modestia, trabajaba incesantemente y como el primero en su puesto de vocal, o secretario a lo más, que eran los que más apreciaba.

Paralelamente a todas sus actividades creadoras, desde muy joven ya, demostró aptitudes literarias excepcionales unidas a su depurado gusto, que dedicó principalmente a la crítica musical, en la que pronto sobresalió entre los críticos españoles de su tiempo.

Con su sentido claro y preciso de la belleza, del respeto al Arte y el interés del progreso moderno, pudo ir aportando al mismo, su opinión siempre diáfana, clara, sensata y reposada, que fué indudablemente valiosísima, no sólo para la cultura musical bilbaína y vascongada, sino para la de toda España, donde era tenido en alto aprecio y estima.

Escribió principalmente en la «Revista Musical», que él creó, y sostuvo en ella brillantes polémicas con los primeros críticos, sobre música en general y sobre música vasca. De feliz recuerdo son sus artículos contestando a D. Francisco Gascue, sobre el zortziko y sus medidas. Después de tenerla en Bilbao varios años y por empeño de los críticos de Madrid, pasó allí la Revista, que duró poco sin sus cuidados y empeño. Escribió además en diarios locales y madrileños, sobre las mismas materias.

No dejó sin embargo de proporcionarle disgustos esa noble tarea, por su carácter franco y sincero; y a este respecto recordamos una anécdota suya bien interesante.

Era a principios del siglo, y hallándose Granados en Bilbao, dando unos conciertos, y durante un ensayo, hizo oír al piano a Gortázar algunos trozos de «Goyescas», cuya obra era aún inédita.

A los pocos días y ausente ya Granados, escribió a Villar su opinión franca sobre lo que había oído, diciéndole: «*evidentemente* inspiradas en Iberia, pero muy inferiores».

Al mismo tiempo escribía también a Granados por otro asunto, pero... cambió los sobres, y la consecuencia de este cambio fué la

devolución de dicha carta a Gortázar, a la vez que le decía: «*evidentemente* no era para mí».

En otra ocasión, y hallándose de paso en Bilbao un crítico musical notable, ya fallecido, y que llegaba de Berlín haciendo elogios exagerados de las sinfonías de Brükner y Mahler, fué tal la vanidad rayana en pedantería del visitante, que Gortázar indignado dijo a sus amigos, en reserva: «Váis a apreciar la ciencia musical de este señor»... y, cambiando de conversación, dijo al crítico: «Lo que es extraordinario y enorme es la obra de nuestro compositor *tal...*» (aquí un nombre raro). «Lo puede V. oír aquí y juzgar, pues tenemos precisamente transcritos algunos trozos para la pianola». Puso en marcha en efecto la pianola y sonó un trozo de línea melódica, armonía y contextura rarísimas, pero ante los gestos de admiración de Gortázar y de sus amigos, el crítico confesó que se trataba de una obra original y preciosa.

En efecto, Gortázar se había limitado a poner del revés un rollo de «La Verbena de la Paloma», y esa era la original preciosidad. Pero, a pesar de la general hilaridad contenida, el secreto fué guardado y el famoso crítico, Juzgado a su vez, se fué de Bilbao muy satisfecho de su acierto.

Como musicófilo, como crítico y aun como creador de entidades musicales y docentes, Gortázar es un caso extraordinario. Difícilmente habrá músico contemporáneo suyo, de alguna celebridad que no le haya, apreciado, pues conocerlo y tomarlo en gran cariño y estimación, eran cosas simultáneas.

Otra muestra fehaciente de su aptitud literaria y consagrada a su villa nativa, a quien tanto cariño tuvo siempre, fué su obra interesantísima titulada «Bilbao a mediados del siglo XIX», y que tuvo por base la correspondencia cruzada entre su padre y un bilbaíno muy conocido entonces, y ausente en América, hacia 1850.

Es una descripción fiel, documentada y finamente comentada, de las costumbres de Bilbao en aquel tiempo, y en ese trabajo se consagra Gortázar como escritor costumbrista amenísimo. Sentimos en este punto carecer de más producciones suyas.

Sus afanes musicales, docentes y de caridad, diarios, no le dieron tiempo sin duda para más producciones de ese género. También versificaba con facilidad, y conservamos algunos interesantes versos suyos, dedicados a sus amistades y en ocasión de fiestas con sus íntimos.

Y aquí terminaríamos esta necrología del inolvidable amigo,

si no fuera nuestro deber hacer resaltar el rasgo de su alma que antes hemos señalado como el primero, y que al irse de nosotros, se destaca fuertemente, para rodearle entre amigos, conocidos y paisanos, de un nimbo brillante que la hará perdurar en el recuerdo y en el corazón de todos.

Este rasgo, fué su extraordinario bondad, y no de una bondad efímera y ruidosa, sino la más sencilla y modesta, pero perfecta.

Fué todo para los demás y muy especialmente para los niños. Entre ellos se encontraba como uno de tantos, les hablaba un lenguaje tan suyo, que los atraía.

En sus últimos años, sentado en un banco del parque del Ensanche de Bilbao, venían a él los chicos, lo esperaban y rodeado de ellos se pasaba los mejores momentos de su vida.

En la Academia de música lo dirigía, animaba y no se cansaba nunca de dar las explicaciones al alcance de sus jóvenes inteligencias, llevándoles como de la mano para su mayor aplicación y perfeccionamiento, y lo mismo en sus temporadas de Laguardia, cambiando correspondencia con ellos inclusive.

Fué vocal de la Santa Casa de Misericordia de Bilbao, y comprendiendo sus compañeros de Junta todo lo excepcional de sus condiciones morales, lo hicieron su Presidente; y así ha muerto, ocupándose intensamente de los pobres, de los niños y del Arte, como de tres flores cultivadas por su brillante y preciosa existencia.

Alma de poeta, corazón de niño, espíritu recto de caballero, fué un ejemplar bellísimo de su raza. Vizcaíno y bilbaíno, amó a su país y a su pueblo entrañablemente. !Qué menos hemos de hacer sus amigos y compañeros, que ofrendarle la más ferviente de nuestras oraciones, y el más afectuoso de nuestros recuerdos!

José de ORUETA